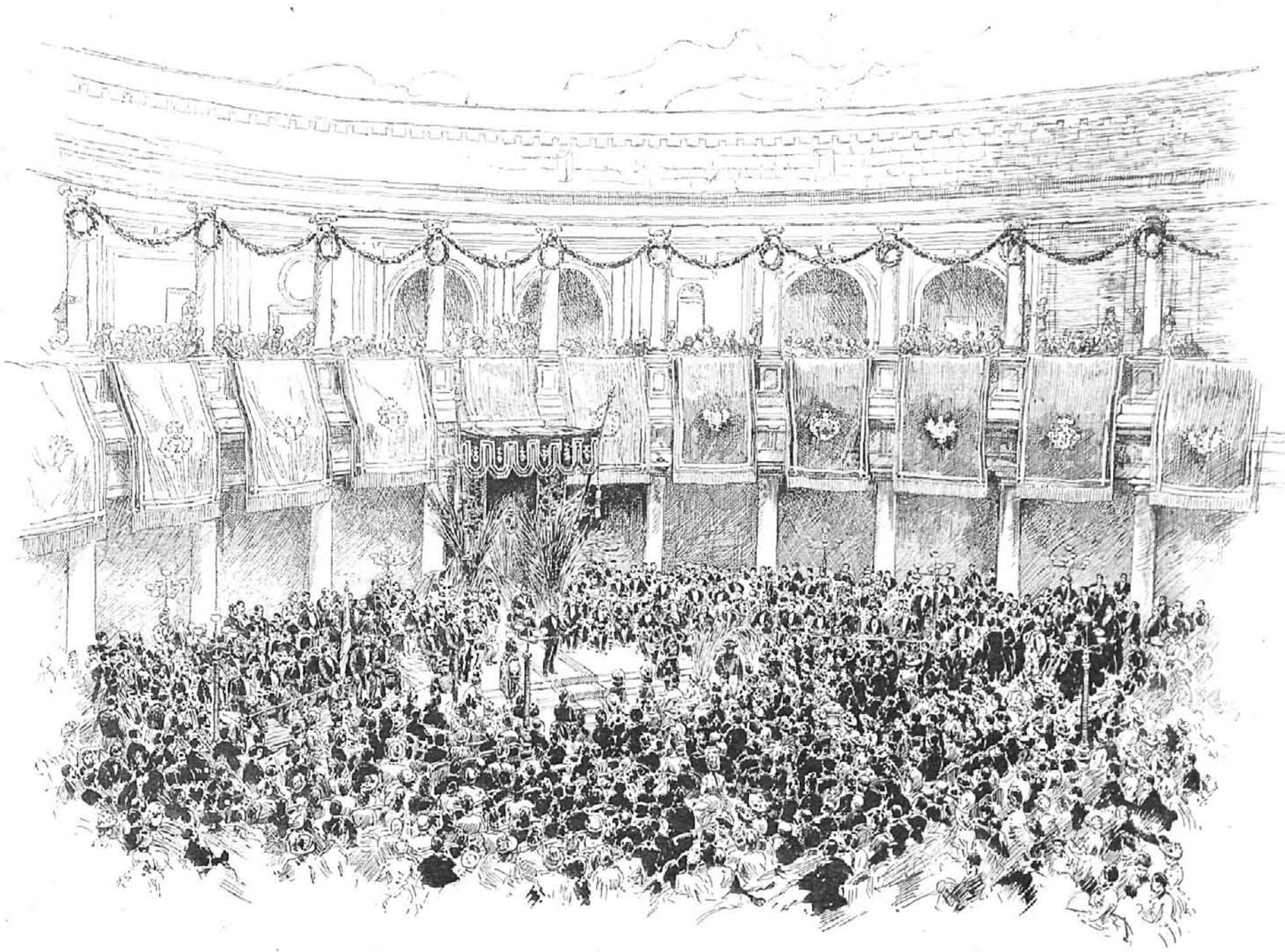


EL ACTO DE LA CORONACION, dibujo del Sr. Vázquez, según una fotografía instantánea del Sr. García Ayola

A las águilas hay que verlas en el espacio, remontando el vuelo sobre las nubes; no en el suelo, heridas por el plomo traidor del que acecha.

Zorrilla es un poeta de verdad. Veámosle cernerse sobre las nubes. Observemos su vuelo para admirarle, y no para acechar el momento de disparar sobre sus alas el plomo que las quiebre.

ANTONIO LÓPEZ MUÑOZ

LAS FIESTAS DE LA CORONACIÓN

LA ENTRADA DE ZORRILLA EN GRANADA

Jamás rey alguno, ni autoridad por alta que fuese, tuvo triunfo semejante al de Zorrilla, ni después de una victoria, ni á raíz del más grande hecho histórico.

La estación de Granada hervía, llena de un gentío inmenso, compuesto de representaciones de sociedades, de autoridades de la población y de toda clase de personas.

A las nueve de la noche oyóse el trajín del tren agitando sus émbolos y ruedas, arrojó la locomotora los últimos penachos de vapor revueltos con ascuas como chispas de coral candente, penetró con su hilera de vagones bajo el alto tinglado, y la muchedumbre se agolpó á la ventanilla, en cuyo marco veíase responder á los vivas y aclamaciones al viejo poeta que volvía después de tantos años á Granada, el cantor de las tradiciones y leyendas españolas.

Ocupó Zorrilla un lujoso coche en unión del Alcalde de Granada, de Seco de Lucena, alma y vida de la coronación, y del Gobernador D. Eugenio Sellés, autor eminente de tanta hermosa obra, y púsose en movimiento el carruaje, seguido de otros muchos que tomaron la dirección de la Alhambra.

Imposible es describir en un limitado cuadro el tránsito que recorrió el ilustre poeta entre las aclamaciones de la muchedumbre.

Los vivas se derramaban con esa vaguedad de la noche y se perdían en el abierto espacio semejantes al rumor distante del mar.

Redoblaban las salvas de aplausos, gritaba el pueblo aclamando al poeta cantor de sus glorias, daban los bachones reverberaciones fantásticas á la extraña pintura, y aquel paso de triunfo resbalaba bajo los arcos de árboles que dan con la punta de su último tallo en los cielos.

Zorrilla descendió del coche con toda la comitiva en el hermoso Carmen de los Mártires, y allí recibió al numeroso público que estuvo durante dos horas desfilando en su presencia.

EL HOMENAJE NACIONAL

No puede imaginarse más sublime escenario que este de Granada para celebrar en él la fiesta del entusiasmo; de un entusiasmo vivo y delirante como jamás ha sonado en ovación alguna, ni aun en las fiestas descritas por los poetas clásicos en tributo á los héroes de sus poemas.

Todavía, como el rumor entreoído de una ciudad en su momento de estruendo, tiembla en mi oído el rumor ardiente de las aclamaciones, las salvas de aplausos, largas y vibrantes, como un desgajarse de gloria, los coros de vivas de la muchedumbre frenética desfilando en brillantísimo torrente ante el poeta, y los miles de alabanzas echadas en montón á los vientos.

Entre la confusión del desfile, entre el remolino de cabezas y brazos puestos en alto que agitaban pañuelos y sombreros, llegó una niña como de diez años al pie de la escalinata desfilando con la demás gente. Todos daban vivas en torno de ella, de todas las bocas salía una alabanza ó una aclamación: la niña ante la figura del poeta y poseída de la sublimidad del espectáculo, hincó una rodilla en tierra, se santiguó como en presencia de una imagen y siguió emocionada su camino.

Visto el desfile desde la altura de la presidencia, la gente parecía un brillante desfile de banderas. Sus pliegues se abrían para enseñar letreros de oro, escudos de sedas de colores finamente bordados, vivas y leyendas donde se expresaba el entusiasmo de un pueblo delirante.

Un obrero se adelantó á la escalinata: era un humilde panadero: al entregar la corona al ilustre cantor de *La siesta*, dijo esta sola palabra, pero trayéndose el corazón á los labios: ¡Salud!

La hermosa cuanto sencilla frase arrancó una ovación á todo el auditorio.

La manifestación se iba haciendo cada vez más imponente.

Seres humildes llegados de pueblos lejanos que acaso allá en sus hogares leyeron durante las noches de invierno los encantados romances de caballeros enamorados, de mujeres hermosas, y desafíos y galanteos que Zorrilla escribió tomando sus asuntos de las tradiciones españolas, llegaban envueltos en el flotar de gentes, banderas y estandartes, detenían se un momento ante la figura del viejo poeta y daban un ¡viva Zorrilla! en que gritaba todo su cuerpo, toda su alma, su sér todo, y acudían lágrimas á sus ojos.

Coronas con lazos bordados de diversas maneras iban llenando el estrado y subían á una altura prodigiosa. Una de piedra de Macael labrada por habilísimo cincelador, atraía la atención de todos los ojos. El bello y resistente mármol se había convertido en un blanco y delicado círculo de rosas: sólo faltaba el perfume á la piedra.

En medio de la confusión, cuando de las mil bocas salían otros tantos gritos aclamando al poeta de las kásidas y serenatas, apareció ante éste un maravilloso coro de niñas. Eran del pueblo, tendrían fuerza apenas para poder tirar una rosa, y serían en número de doce.

Unas con las manos rebosando flores, otras sujetándolas con la falda, comenzaron un *apedreo* sobre la figura del vate. Esta hacía llegar el proyectil hasta el segundo peldaño de la escalinata, aquella disparaba con más fuerza y alcanzaba el peldaño tercero; la más pequeña alzó la mano armada de una brillantísima rosa, puso el ojo en el blanco, y la flor salió disparada hacia atrás, como acontece con frecuencia á los niños.

Cuando después de tres largas horas de gritos, de vivas, de aclamaciones ardientes y de estruendo de triunfo, el desfile pasó con toda su profusión brillante, el cuadro descompuso sus figuras, rompióse la quietud de las actitudes, abandonó cada dama su puesto, deshiciéronse los grupos de personas, y desapareció la belleza del conjunto.

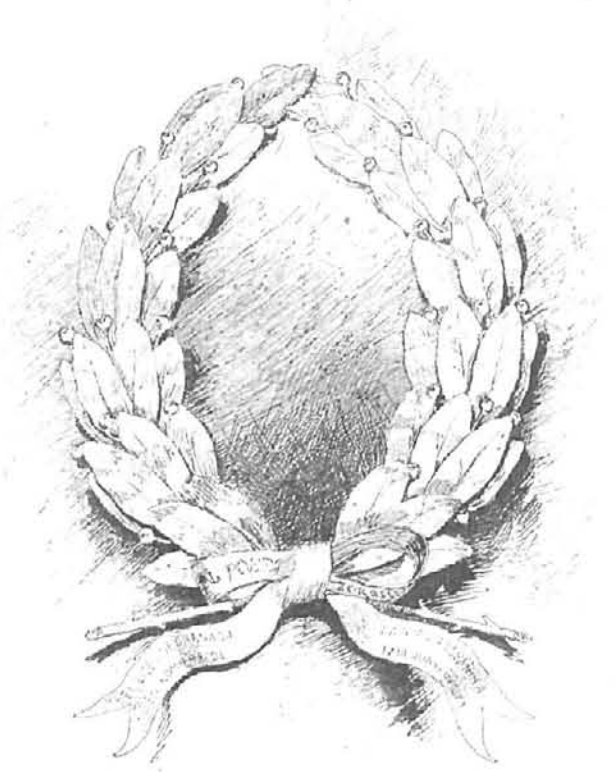
Ya sólo quedan perdidos en el aire, como ecos de una multitud lejana, los vivas que siguen sonando detrás de la carroza del poeta; sobre la nieve de la sierra simula el último reflejo del sol nimbos dorados, celajes espléndidos donde arden las encendidas ráfagas del crepúsculo; en las fuentes que principian á borrarse en la sombra cae el surtidor con eco doliente, derramando su collar en la misma taza y cantando la misma estrofa; el escenario donde se agitó tanta figura mece sus lámparas de flores que van y vienen en el aire; el viento habla con lengua fantástica en las ramas; suena el grillo su lira, y solitario poeta de las tinieblas, hiere sus cuerdas en la sombra...

LA CORONACIÓN

A la manifestación desbordada, delirante, de un pue-

© Biblioteca Nacional de España

MEDALLA CONMEMORATIVA
(anverso)



CORONA OFRECIDA AL POETA ZORRILLA
labrada con oro nativo del río Darro

MEDALLA CONMEMORATIVA
(reverso)

blo que siente como ningún otro el arte, porque la naturaleza tiene perpetuamente abierto el más hermoso cuadro ante sus ojos, siguió el acto severo de la coronación.

Durante el homenaje, esos simpáticos grupos de obreros que saben, sino por la enseñanza, por el instinto cuán divina cosa es un poeta cuando lleva algo de Dios en la mente, y que tienen el corazón en los labios, en las manos el aplauso para las cosas grandes y sublimes, y en el alma el amor vivo de la patria, ondearon sus banderas y pusieron en alto sus estandartes, cantando con sus vivas el himno ardiente de la gloria.

Durante la coronación hemos visto desplegarse ante los ojos el exquisito cuadro de la elegancia, de la severidad noble y clásica, de la solemnidad académica y de las correctas figuras. El inmenso patio del palacio de Carlos V representaba un hecho extraordinario, algo en que había el sello augusto y majestuoso de la historia.

Inmensos tapices rojos caían como relampagueantes trozos de incendio desde las altas columnas hasta las que soportan la extensa galería.

El edificio, con tanto cilindro como cuerda de piedra, parecía un instrumento colosal dispuesto á lanzar un acorde de gigante, un himno de grandeza y de gloria.

Sobre el rico sillón del trono que enroscaba sus elegantes brazos dorados sobre la seda rosa del asiento; en los paños abiertos á los lados donde la aguja dejó delicadas labores y figuras; entre la lujosa sillería que en prolongadas hileras coronaba la escalinata, una lluvia dorada, un montón de riqueza, un chaparrón de oro se derramaba en flecos, en encajes, en labores que hervían con el centelleo del sol é imitaban vivas reverberaciones de incendio.

Bajo el techo en forma de círculo del patio, una colección de escudos hechos con siemprevivas de colores, mostraban nombres de héroes moriscos, de reyes que habitaron la Alhambra, de caudillos y guerreros cuyo espíritu parecía asistir á la fiesta flotando en los dorados átomos del sol.

Subió por fin al estrado el poeta á quien acompañó desde el Carmen de los Mártires al palacio de Carlos V, el popular Seco de Lucena; llenáronse los asientos de literatos y poetas, entre los que figuraba el representante de la Reina Duque de Rivas, de socios del Liceo que llevaban en alto su bandera y de nobles y elevadas personas.

El digno Conde de las Infantas, de cuyo gran prestigio como caballero dependió parte del triunfo, puso en manos del hijo ilustre del autor de *D. Alvaro* la corona ofrecida al poeta por Granada, acompañándola de palabras tan sentidas como elocuentes.

Pronunció un bello discurso el Duque de Rivas, demostrando cuánto le agradaban estas fiestas de la gloria, y puso en nombre de la Reina la corona en las augustas sienes del poeta.

Zorrilla, emocionado, leyó su composición *la Salmodia* que vibró en sus labios como un torrente sonoro, como un caer de granizos rebotando en un instrumento de cristal.

Un aplauso atronador, acompañado de vivas á España, de vivas al poeta nacional, de alabanzas y aplausos estuvo sonando durante muchos minutos dentro del palacio.

El elegante orador-poeta, el que habla con palabras de luz, Antonio López Muñoz, pronunció una brillante oración trazando la semblanza del poeta. Los párrafos ardientes de su oratoria, amplios como túnica griega y esculturales como escritos con cincel, salían de su boca levantando estruendosos aplausos y arrancando vivas y aclamaciones.

La marcha de la coronación de Schiller dejó oir sus acordes en aquella atmósfera de entusiasmo, y, acabado el acto de la coronación, empezó á descomponer sus figuras el cuadro.

Una luz de crepúsculo envolvió poco á poco las revueltas figuras; y en la carroza del poeta ya consagrado, Jurado de Parra, el intendente y amigo cariñoso de Zorrilla, conducía sobre un cojín de raso la corona de oro arrancada al río, que rodea como un cinturón de plata la Alhambra, como si llevara sobre sus rodillas el más alto y sublime trofeo de gloria.

LA LEILA

Todo lo delicado que ha herido nuestros ojos; lo suave que ha tocado nuestro tacto; las voces que hemos oído en sueños como si fueran desprendidas de esa interna sinfonía del espíritu; cuanto tenue y sutil ha hecho temblar nuestros nervios y ha dejado una vaga impresión en nuestros sentidos, está falto de toda belleza, si se compara con la emoción que despierta la música en la Alhambra y con el recuerdo de una espléndida *Leila* en sus jardines.

En ese lugar de alegría dijérase que flota el espíritu de las geórgicas de Virgilio, el alma de un paisaje de Mosco, ó la emanación lasciva y poética del clásico idilio griego que se levanta de las estrofas de Bion.

La fantasía pagana, la imaginación oriental que encerró una incorpórea ondina en cada fuente poniendo una misteriosa lira en sus manos, para que exhalara su canción; que escondió al sátiro en la fronda para que acechase el paso de la ninfa del bosque cuando va con los redondos pechos descubiertos á bañarse en la alberca de temblorosas aguas de plata; que hizo un dios de cada peñasco; un altar de cada gruta; un objeto de adoración de cada árbol; y que aun vive en nosotros engendrada por hirviente sangre mora y amasada con notas de guitarra, se entretiene durante esa misteriosa noche en resucitar árabes memorias, en oir en el aire abaniqueos de invisibles alas de amor, en percibir el habla confusa del cauce que recita una vaga leyenda á las hojas, y en mecerse en el ambiente donde se vierte el cáliz lleno de esencia de las rosas.

Como Lohengrin sobre el cisne blanquísimo, sobre el lago resbalaban recostadas en barca que semeja otro blanco cisne, mujeres de una hermosura inverosímil, bellezas granadinas de ojos deslumbradores, senos como elegantes búcaros donde se guarda esencia purísima, manos en las que tiende su trama azul el suave dibujo de las venas, garganta llena de curvas poéticas que se pierden en una sucesión divina bajo el velo que marca las redondas partes del seno, nuca llena de cortos cabellos que juegan en ricillos de oro, y cara que es una Alhambra humana con jardines, fuentes y esplendores.

Como en las antiguas *leilas* celebradas en las plácidas estancias del Generalife, instrumentos de origen árabe dan alegría á la fiesta exhalando sus notas desde escondidos sitios del ramaje.

Para alumbrarla, pende de cada tallo un ramo de bombas brillantes que tiemblan al ser copiadas en las fuentes.

Colgados los luminosos globos de la parra, fingen palio de fuego que derrama un aparente incendio en las hojas; pendientes del lánguido ramaje del sauce, gotear de puntos vistosos como si el arbusto llorase por sus ramas; sobre el pino robusto, piñas radiantes con vivas escamas de colores; y acordonados en torno del lago, collar de fuego que rodea la adormecida luna de las aguas.

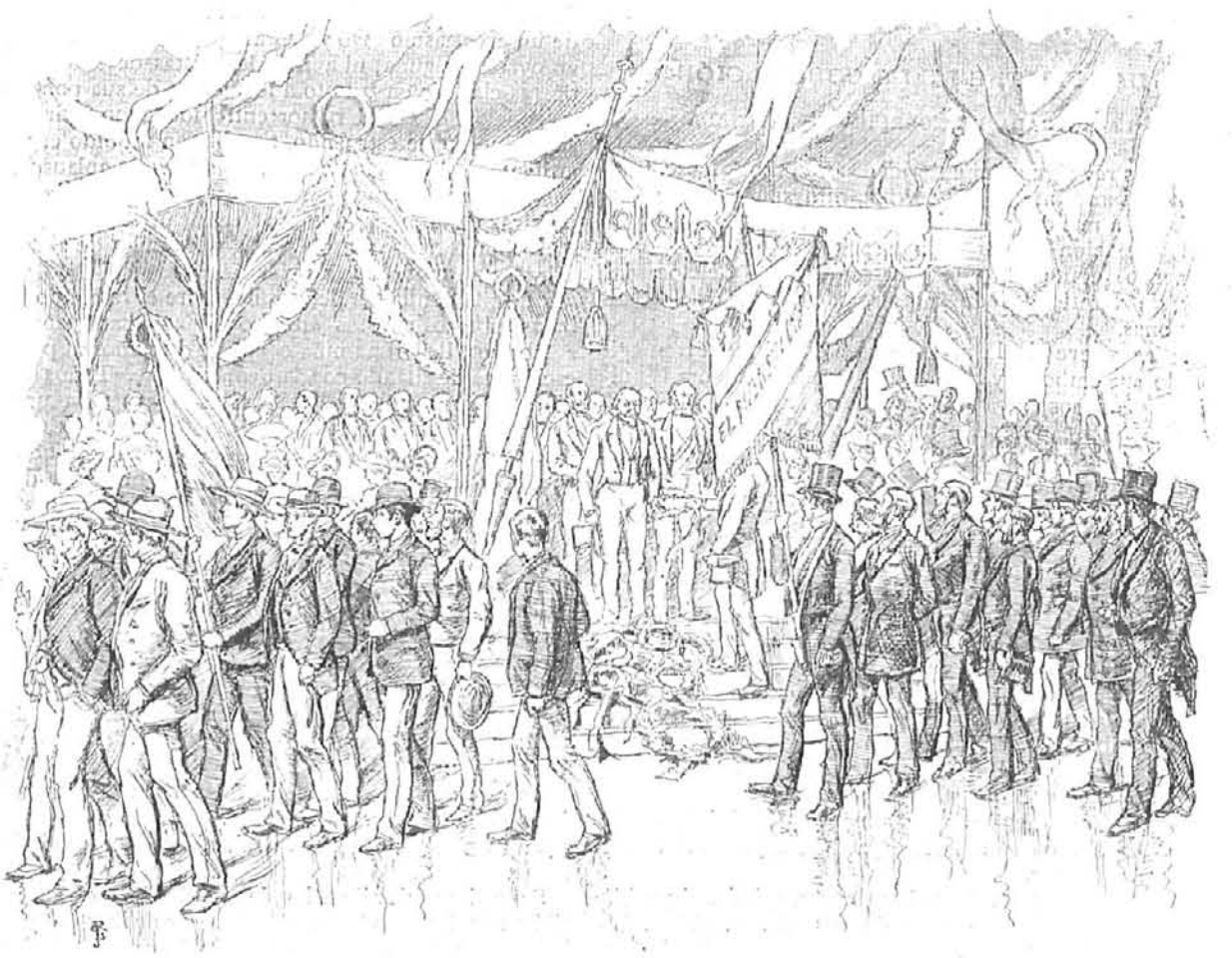
La gente bulle sin descanso, con la imaginación llena de sueños y el alma de internas armonías.

Son estas las noches de la juventud, las noches doradas que el corazón recuerda, cuando en el correr de la vida vuelve los ojos para ver lo andado del camino. Entonces quiere recomponer lo que el tiempo fué borrando en el cerebro, desea volver á la figura confusa sus contornos, á la palabra entonces oída su acento, á la risa que marchitaron los años su rocío.

Como esos arreboles de crepúsculos que hemos soñado con los cuales se alumbra el espíritu en sus horas de vaguedad y tristeza, el resplandor de esta noche vibrará perpetuamente en nuestra alma abriendo sus ramajes de luces con deslumbramientos de aurora y bañando de dulces claridades el alma.

Ya van cerrando sus pupilas de colores las luces que penden como diluvio de los árboles; la árabe bandurria que exhaló sus sartas de notas, atenúa la brillantez de sus cuerdas como se atenúa el brillo de unos ojos rendidos de sueño; las parejas de baile se dan el último abrazo de amor llevando el compás alegre de la danza; todo se agita en su brillar último, como la luz antes de extinguirse; los ramajes se llenan de indecisas manchas de sombra; rómpese el collar de luces del lago donde parpadean los últimos reflejos; del Generalife llegan aires cargados de perfumes de madreselvas, esas flores del amor, del búcaro y la reja; desvanécense las figuras del cuadro, y de la *Leila* no queda ya más que un dibujo trazado en el alma con tenues arabescos de luces, y el recuerdo de la última fiesta rendida á la inmortalidad augusta de un poeta.

SALVADOR RUEDA.



EL DESFILE DE LOS GREMIOS, dibujo del natural por D. Emilio Millán Ferriz

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

© Biblioteca Nacional de España